

MONSEÑOR APARICIO ENTRA EN EL JUEGO DEL GOBIERNO



Las homilias de Mons. Aparicio gustan a los cafetaleros, gustan a los algodone-
ros, gustan a los cañeros, y sobre todo gustan al Gobierno. Los cafetale-
ros, los algodone-
ros, los cañeros y, sobre todo, el Gobierno necesitan hacer
ver al país y al mundo entero que lo que pasa en El Salvador no es más que
elempeño de unos pocos comunistas por subvertir el orden establecido, por arro-
jar a Dios de los templos y por someter al país al imperialismo soviético vía
la Habana. Así justifican el desorden establecido y así justifican el que
se pueda ir asesinando a todo aquel que levante su voz contra la injusticia
del país y, sobre todo, contra aquel que se organice para hacer algo contra
esa injusticia.

De poco sirve que se haya demostrado una y mil veces que lo que ocurre en
el país es una situación de atraso y de opresión junto a la riqueza de unos
pocos que quieren seguir dominando la situación económica y política; de poco
sirve que se haya demostrado por los organismos más imparciales y autorizados
que en El Salvador hay una bárbara represión, que en el caso de la Iglesia
se presenta como clara persecución religiosa. Así lo declaró solemnemente la
OEA y no pudo ser refutada por Sidey Mazzini ni por nuestros enviados especia-
les a la OEA. Pero Monseñor Aparicio no cree en nada de esto, como no lo creen
los cafetaleros, los algodone-
ros, los cañeros y, sobre todo, el Gobierno. Y
sale por eso en sus resucitadas homilias a ponerse del lado de los opresores
y de los represores.

Y, sin embargo, Viron P. Vaky, el subsecretario de Estado para asuntos
latinoamericanos, acaba de decir en una declaración hecha ante el subcomité
de asuntos interamericanos de la Cámara de representantes de los Estados Uni-
dos: la economía salvadoreña ~~exportada~~ orientada a la exportación se caracteriza
por una distribución del ingreso, de la riqueza y de la tierra altamente desi-
gna



gual. En la agricultura, por ejemplo, el dos por ciento de la población es dueña de casi el 60% de la tierra. Una pequeña oligarquía controla la mayor parte de la industria y de la agricultura, y tiene un gran influjo sobre un gobierno cuasi-militar. La estructura de clase es una de las más rígidas de América Latina, y se dan serias violaciones de los derechos humanos. El sistema político no ha sido capaz de asimilar las desigualdades y los reclamos. La rigidez política, económica y social no han permitido una salida adecuada a la frustración y insatisfacción crecientes.

Esta es la verdad de nuestro país y esta es la causa última de las distintas formas de violencia. ¿Qué ha hecho el Gobierno por remediarlo? Aumentar la represión y hacer promesas. ¿Qué han hecho las clases dominantes? Cerrar los ojos y no ver que sin una redistribución de los ingresos, de la riqueza y de la tierra, las cosas se pondrán cada vez más difíciles y violentas. ¿Qué está haciendo Mons. Aparicio? Confundir las hojas con las raíces.

Mientras la Iglesia de El Salvador, apiñada fundamentalmente junto a Mons. Romero que da domingo tras domingo lección magistral de lo que ha de ser una homilía cristiana, se pone del lado de la justicia y se sitúa contra la violencia, el Gobierno ha alentado a Mons. Aparicio a que trate de borrar y de distorsionar lo que siente mayoritariamente la Iglesia de El Salvador, expresada en el pensamiento de Mons. Romero. Que se lea y estudie la nueva Carta Pastoral del Arzobispo y que se la compare con las desdichadas soflamas del prelado vicentino. Y entonces se verá quién es quién. Mientras tanto no es mal criterio ver cómo los cafetaleros, los algodoneros, los cañeros y, sobre todo, el Gobierno están con Monseñor Aparicio. ¿Por qué será? ¿Por su amor a Cristo pobre y a los pobres de Cristo o, más bien, por su amor a la riqueza y al poder?